
RAZONES Y SINRAZON DE LA LOGICA MILITAR

Fernando Savater

análisis y debate



2

«¿Dices que una buena causa justifica incluso la guerra?
Yo contesto: una buena guerra justifica cualquier causa.»

Nietzsche: *Así habló Zaratustra*

A estas alturas del siglo XX, con dos grandes guerras y multitud de guerritas a nuestras espaldas, sin contar las actualmente en curso, hablar contra la violencia política o pretender su erradicación a largo o medio plazo casi equivale a sentar plaza de iluso irremediable. Se le recuerda a uno de inmediato que *siempre* hubo violencia entre los hombres e, incluso, que la tal violencia es la única que puede reclamar el título de «partera de la Historia» (lo cual no me parece, por cierto, timbre de gloria que haga forzosamente

merecedor de respeto). Se señala, con gran elocuencia de teorías, que la violencia deriva inevitablemente tanto del conflicto de intereses económicos que enfrenta a las clases y a los países, como de la propia psicología individual de cada uno de los miembros de nuestra especie, sometidos por atavismos genéticos a impulsos agresivos. Se concluye, en resumen, que la violencia política puede ser, a lo sumo, aplazada o reprimida, pero nunca abolida, y que lo importante es, pues, garantizar la seguridad y, si es posible, la victoria de nuestro grupo sobre los forzosos rivales. El iluso que se opone a la utilización sistemática de la violencia puede ser, en el mejor de los casos, y para la mayoría de los belicistas, un *alma bella* henchida de palabras bonitas pero desconocedora de las inexorables condiciones de la realidad (histórica y/o psíquica) y, en el caso peor y para muchos malpensados, un agente del enemigo o, al menos, un colaborador objetivo de sus planes hostiles. Pues bien, pese a este dictamen adverso creo que es posible sostener con apoyo de argumentos razonables que:

a) El que la violencia política haya sido una constante histórica —aunque en contextos y formas sumamente distintos— no comporta que sea un ingrediente inexcusable de la convivencia humana, al menos en sus versiones más crudas y sangrientas.

b) Aunque abundan las explicaciones políticas, económicas, etnológicas o psicológicas de las manifestaciones sociales de violencia, no hay *ni una sola de estas explicaciones* que se imponga como absoluta e indiscutiblemente necesaria, es decir, que no pueda ser modificada o abolida por una transformación voluntaria y racional de las condiciones vigentes (aquéllas que no pueden ser modificadas o abolidas pertenecen al reino de la mitología científica en la que nada nos obliga a creer). Es decir, ampliando este último punto: en cuanto al plano político de los conflictos violentos, no hay nada intrínsecamente bélico en ellos que impida su resolución por vías pacíficas o, al menos, no directamente violentas; respecto al plano innato de la agresividad humana o a la repercusión colectiva de los impulsos inconscientes de muerte, las formas de abreacción de estas instancias destructivas son tan diversas y su simbolización presenta tan amplio polimorfismo que, en modo alguno pueden ser asimilados sin más a los mecanismos instintivos de los restantes animales. Me estoy refiriendo, por supuesto, a las manifestaciones violentas organizadas, sistemáticas, colectivas e, incluso, ideológicamente sustentadas, no a los arrebatos individuales o antisociales que puedan eventualmente producirse y que en buena medida es justificado suponer que acompañarán siempre la aventura comunitaria de los hombres.

Parece definitivamente cierto que hay un componente violento y agresivo en el hombre y que no puede ser extirpado sin mutilar su capacidad de emprender y crear, de crítica y renovación; parece también indiscutible que tal componente se descarría en ocasiones, bajo la presión de las circunstancias y con el estímulo de las creencias, en matanzas y destrucción, peligro que siempre permanecerá latente, aun cuando lograsen abolirse los grandes conflictos bélicos. Pero de estas certezas no se derivan *ninguna* de estas dos conclusiones tendenciosas: a) que la guerra y la coacción violenta sean fundamentos insuperables de la estructura social, y b) que el recurso a la violencia armada sea la mejor o la única forma de resolver los contenciosos entre países, grupos o clases.

Naturalmente, la posibilidad de ampliación y consolidación de las vías pacíficas de resolver los conflictos de los colectivos humanos (esta conflictividad sí que es inevitable y además deseable, pues de ella depende la vitalidad y regeneración periódica del colectivo) no es algo que pueda ser demostrado sobre el papel, sino un proyecto que ha de ser emprendido y verificado en la práctica histórica. En una palabra, no es cuestión de persuasión retórica sino de reforma efectiva de las instituciones. Pero la reforma de las instituciones políticas tiene que ser labor iniciada por determinados individuos convencidos de la conveniencia y posibilidad de tal transformación. No parece pues tiempo perdido del

todo el invertido en intentar persuadir en este sentido al mayor número posible de personas. La solución violenta es la primera que se le ocurre a todo el mundo para resolver los problemas, porque es la atávica, la que responde a los himnos predatorios de nuestro paleo-córtex; pero es preciso poner en funcionamiento alternativas más complejas y darle su oportunidad al neo-córtex. Este último se caracteriza porque atiende a razones y no sólo a fobias o apetencias. De vez en cuando, el neo-córtex se convierte en abogado y portavoz de su troglodítico antecesor: sostiene que las instituciones políticas no son sino inevitable reflejo de fuerzas cuyo necesario mecanismo escapa al control voluntario humano y que sólo podrían ser transformadas por una conflagración apocalíptica que permitiese la implantación de un orden nuevo. Hay, pues, una tarea polémica que debe ser acometida y sostenida cuanto haga falta, la doble cruzada teórica contra los que afirman que el sistema vigente es inmutable y contra los que opinan que no puede ser modificado más que por medios violentamente quirúrgicos, contra los que en todo ven el sello inalterable de la jerarquía biológica o de las inexorables leyes de la producción y del mercado. Pero, sobre todo, es imperioso plantar dialécticamente cara a quienes apoyan el punto de vista de la lógica militar, sea para mantener el orden actual o para revocarlo.

Lo que he llamado ya en diversas ocasiones *lógica militar* es una determinada perspectiva que se complace en lo que de tenso e irreductible tiene todo enfrentamiento entre hombres. Cada conflicto de ideas, pasiones o intereses, encierra un coágulo durísimo, insoluble, que pide a gritos la pura y simple supresión del adversario para afirmarse sin trabas. Desde un ciertamente fuerte y arraigado punto de vista, filogenéticamente muy primitivo pero de permanente influencia, abolir al otro es la manera auténticamente eficaz de afirmarse. Elías Canetti ha subrayado con brillante agudeza en *Masa y poder* la relación entre poder y supervivencia: el más poderoso se alimenta de la destrucción de los otros, aspirando a que nadie permanezca en pie, vivo y diferente, frente a él. El certificado de mi vitalidad, según este punto de vista, estriba en que nadie pueda prevalecer contra mi deseo o mi criterio. Al hombre le ha llevado mucho tiempo no diré suprimir pero sí *mediar* este planteamiento y hacerlo compatible con los ideales éticos de comunicación y reconocimiento, con los ideales comerciales de intercambio y con los ideales políticos de cooperación y solidaridad. Esta mediación es frágil y, por tanto, preciosa, mientras que la entrega a la hostilidad inmediata tiene la solidez y también la irrelevancia para lo propiamente humano de una determinación biológica. El partidario de la lógica militar está convencido de que lo único que cuenta es prevalecer en el enfrentamiento y doblegar al contrario, sometiéndolo o destruyéndolo; las mediaciones de este impulso primitivo en forma de ideales éticos o políticos le parecen cobardía o añagazas ideológicas del adversario. Sostiene tenazmente que *en el fondo* todo es pura lucha, guerra primordial por la supervivencia o la primacía, que la única forma de sobrevivir y afianzarse en la existencia es precisamente vencer. Y, en efecto, esto es lo que cuenta «en el fondo», sea dicho fondo las fuerzas económicas o los mecanismos inconscientes: pero se desdén aquí todo lo que no es fondo, el constructo humano, lo edificado a partir de ese fondo ciego. *Todo lo que cuenta en la cultura es resultado, nunca fondo.* Y la paz como el entendimiento comercial, la discusión, la protección social de los débiles, los derechos humanos, etc..., son logros culturales que no pueden ser reducidos a su brutal «fondo» por la sinceridad reduccionista de uno u otro signo sin que se pierda lo más importante que hay en ellos. El partidario de la lógica militar desanda hacia un naturalismo inexorable y obtuso el difícilmente equilibrado camino por el que los hombres avanzan hacia lo artificial, es decir, hacia la obra del espíritu donde habrán de redimirse de la necesidad natural.

Pero, ¿cuáles son las características concretas que sirven para describir el funcionamiento de la lógica militar? Permítanme que cite un párrafo perteneciente a una obra mía reciente: «Maniqueísmo, simplificación extrema de posturas, ausencia de término

medio entre adhesión fervorosa y complicidad con el enemigo, jerarquización autoritaria, situación perpetuamente excepcional que muestra poca delicadeza con los derechos individuales o con las consideraciones éticas supra-partidistas, información restringida o deformada por la propaganda, acumulación ilimitada de armamento e invención de nuevas técnicas de destrucción, doctrina del "ojo por ojo", escalada permanente de las acciones de castigo, supeditación de los representantes civiles a los especialistas bélicos, insensibilización progresiva ante la brutalidad y la muerte, encomio de los "valores superiores" que justifican tales violencias ("honor", "patria", "revolución", etc...)» (*La tarea del héroe*, cap. 13).

Las fórmulas predilectas de la lógica militar son sobradamente conocidas: «O ellos o nosotros», «o con nosotros o contra nosotros», «no hay que dar cuartel a quien no nos lo dará», «*si vis pacem, para bellum*», «en el amor y en la guerra todo está permitido», etcétera... El partidario de la lógica militar tiene la mayoría de los rasgos que Adorno y su equipo señalaron como propios de la «personalidad autoritaria» y buscará siempre el liderazgo de jefes intransigentes, carismáticos, padres rígidos para sus fieles y ogros agresivos para los grupos rivales. Para él, la verdad o la justicia no pueden surgir de la transacción, sino que están completas y en bloque en uno de los dos platillos de la balanza: es obligatorio imponerlas por la fuerza a aquellos que se resistan a acatarlas por las buenas o que pretendan tenerlas también de su lado. Sin embargo, salvo raras excepciones de una sinceridad casi digna de agradecimiento, el partidario de la lógica militar se presentará siempre a sí mismo (y quizá incluso se crea realmente así) como un ardiente enamorado de la paz. Los agresivos, los implacables, son los *otros*. Nadie detesta más que él la guerra o la matanza, dice, pero la alevosía irreductible de su enemigo no le deja otra opción. En cuanto a las razones para recurrir a la violencia (pues aunque la violencia es sinrazón nunca renuncia del todo a fundarse razonablemente), lo cierto es que nunca faltan. Para el poseso de la lógica militar, tal como para el Zaratus-tra, de Nietzsche, es evidente que no es la buena causa la que justifica la guerra sino la buena guerra la que hace justa cualquier causa. Pero el recurso a la violencia por explícito deseo de rapiña o conquista ya no suele darse, lo que demuestra que la opinión internacional tiene algo más peso del que los pesimistas absolutos quieren concederle. Las tres legitimaciones habituales de la violencia política son *el patriotismo, la seguridad y defensa nacional, y el orden justo del mundo*. Voy a decir, a continuación, unas palabritas sobre cada una de ellas.

A finales del siglo XVIII escribió el agudo ironista alemán Lichtenberg: «Algo daría yo a cambio de saber exactamente por quién se han ejecutado en realidad esas acciones de las cuales se afirma públicamente que se han ejecutado por la patria». En efecto, el patriotismo no sólo es el revestimiento edificante de muchos buenos negocios, sino que él mismo es uno de los mejores negocios en los que todavía puede invertirse. En nuestros días los sociólogos insisten en la crisis de las grandes identidades colectivas, como la Nación, la Iglesia o el Partido político, que tienden a ser sustituidas por formas más cálidas y reducidas como la pequeña comunidad o región natal, la secta y el grupo de acción social centrado en torno a alguna reivindicación de la vida privada: sexo, droga, etc... Pero a la Patria, esa venerable cristalización del narcisismo colectivo, todavía le queda cuerda para rato. Lo mismo que constituye su crisis ayuda por otra parte a que renazca la lógica militar a ella vinculada: tal es el caso de los nacionalismos independentistas violentos, que por una parte se oponen a la centralización estatal de la Patria vigente y, por otra, reproducen los delirios patrioterros más feroces, pero esta vez bajo sello «revolucionario». Los patriotismos del Tercer Mundo han desempeñado un papel importante en la lucha contra el imperialismo de las grandes potencias, pero también pueden, en ocasiones, convertirse en útiles aliados de otro gran imperialismo de esta época, el de la multinacional de los fabricantes de armas. El caso de la «guerra» de las Malvinas ha sido particularmente ilustrativo para enseñarnos lo que aún puede temerse de la menta-

lidad patriótica. Una odiosa dictadura criminal, de la más siniestra escuela, decide atacar un enclave extranjero próximo a su territorio, en torno a cuya soberanía pende un inabarcable contencioso, para aplacar por vía patriótica el creciente descontento interno. La potencia agredida, también con graves problemas políticos y económicos, aunque dentro de una fórmula democrática, agarra al vuelo la ocasión de un escarmiento patriótico que eleve la decaída moral cívica de la población. Por ambas partes se manejan, con empalagoso entusiasmo, las sagradas nociones de «honor patrio», «soberanía nacional», etc... Con este absurdo pretexto se crea una situación internacional que pudo tener graves repercusiones para la paz mundial, se derrochan alegremente millones en nuevos juguetes bélicos y se malogra la vida de un puñado de jóvenes de ambos países. Todo un éxito. Pero lo más curioso es que las naciones se decantan por uno u otro continente por razones de vecindad (es decir, de suprapatriotismo continental), mientras que la izquierda tercermundista fulmina a la potencia agredida desde conceptos como «colonialismo», «imperialismo», «soberanía», etc..., que por no querer someterse a revisión desde el siglo pasado huelen más a patriotería naftalina que a otra cosa. El comentario más habitual de los patriotas poseídos por la lógica militar cuando quieren revestir de dignidad sus atropellos es: «Tú no eres de los nuestros (no eres argentino, vasco, judío o lo que sea), por eso no puedes entendernos». En efecto, quien no padece la ceguera patriótica a ultranza, difícilmente puede comprender, ni menos excusar o incluso entusiasmarse, por actuaciones que bajo cualquier sol cosmopolita no parecen más que barbaridades. El deseo de reivindicar las diferencias y mimar gozosamente lo peculiar no puede hacer olvidar, a estas alturas de la historia, la universalidad de ciertos principios valorativos.

El argumento de la seguridad y defensa nacional tiene dos vertientes, una hacia el interior del país y otra hacia el exterior. Actualmente, casi todos los ministerios de la Guerra o del Ejército prefieren llamarse «de Defensa». La mayoría de los conflictos armados entre naciones estallan por supuestas razones defensivas. Claro que siempre se ha dicho que la mejor defensa es el ataque... Por otra parte, este tipo de legitimaciones viene de antaño; Guibbon, en su *Decline and Fall*, ya comentó que «si uno le hace caso a Tito Livio, resulta que los romanos conquistaron el mundo en defensa propia». El ajedrez estratégico mundial tiene ya tal complejidad que la defensa de una de las dos grandes supernaciones del mundo puede exigir, en cualquier momento, literalmente la supresión de esta o aquella pieza intermedia. La lógica militar quiere hacernos creer que la «seguridad» de los ciudadanos del mundo aumenta si la carrera de armamentos prosigue a buen ritmo, mientras cada cual no deja de contar paranoicamente los tanques y misiles del contrario para superarlos si es posible y se está permanentemente listo para ser el primero en golpear. La neutralidad de algunos países, siempre precaria, es lo más aborrecible para los energúmenos de la defensa belicosa: «Es preciso elegir campo, ya no se puede ser neutral, con ellos o con nosotros...». Para estos ideólogos de la defensa agresiva, sólo la perpétua amenaza permite mantener sin fisuras los escudos. En nombre de la «seguridad nacional» puede legitimarse cualquier tropelía: Intervención desestabilizadora en un país cuyo gobierno no parece favorable a la superpotencia implicada (como hizo la CIA americana en el Chile de Allende), guerra de exterminio prolongada a través de países vecinos (el caso de la invasión israelita del Líbano), ocupación militar de «aliados» remisos (la Unión Soviética en Hungría, Checoslovaquia, Afganistán, etc...). Pero la defensa y seguridad nacional sirve también para legitimar la aplicación de la lógica militar en las relaciones Estado-individuo. Las leyes de excepción, los estados de sitio, la suspensión temporal de los derechos constitucionales en la lucha contra los «enemigos del Estado» (amplio concepto que abarca desde los terroristas propiamente dichos, hasta los izquierdistas en occidente, los disidentes en el área soviética, los antimilitaristas en todas partes, etc...) son otros tantos pasos que pueden dar las democracias hacia su transformación en autoritarismos dictatoriales y también las coartadas pseudolegalistas de los regímenes policiales. La permanente demanda de *seguridad* en la vida cotidiana es uno de

los habituales puntos básicos de todos los programas conservadores. Es curioso que en nombre de la «seguridad» puedan aprobarse en países más o menos democráticos leyes que permiten un largo período de detención sin asistencia de abogado, por ejemplo, lo que no es sino una incitación a la aplicación semitolerada de la tortura. Cualquier ley de excepción aumenta la inseguridad del ciudadano y disminuye la garantía de sus derechos frente a la arbitrariedad o el error estatal. En último término, la seguridad de un país y su mejor defensa no puede consistir en la coacción ni en la amenaza, sino en la justicia y la transparencia de la gestión gubernamental, que convoca a la colaboración leal de la mayoría ciudadana.

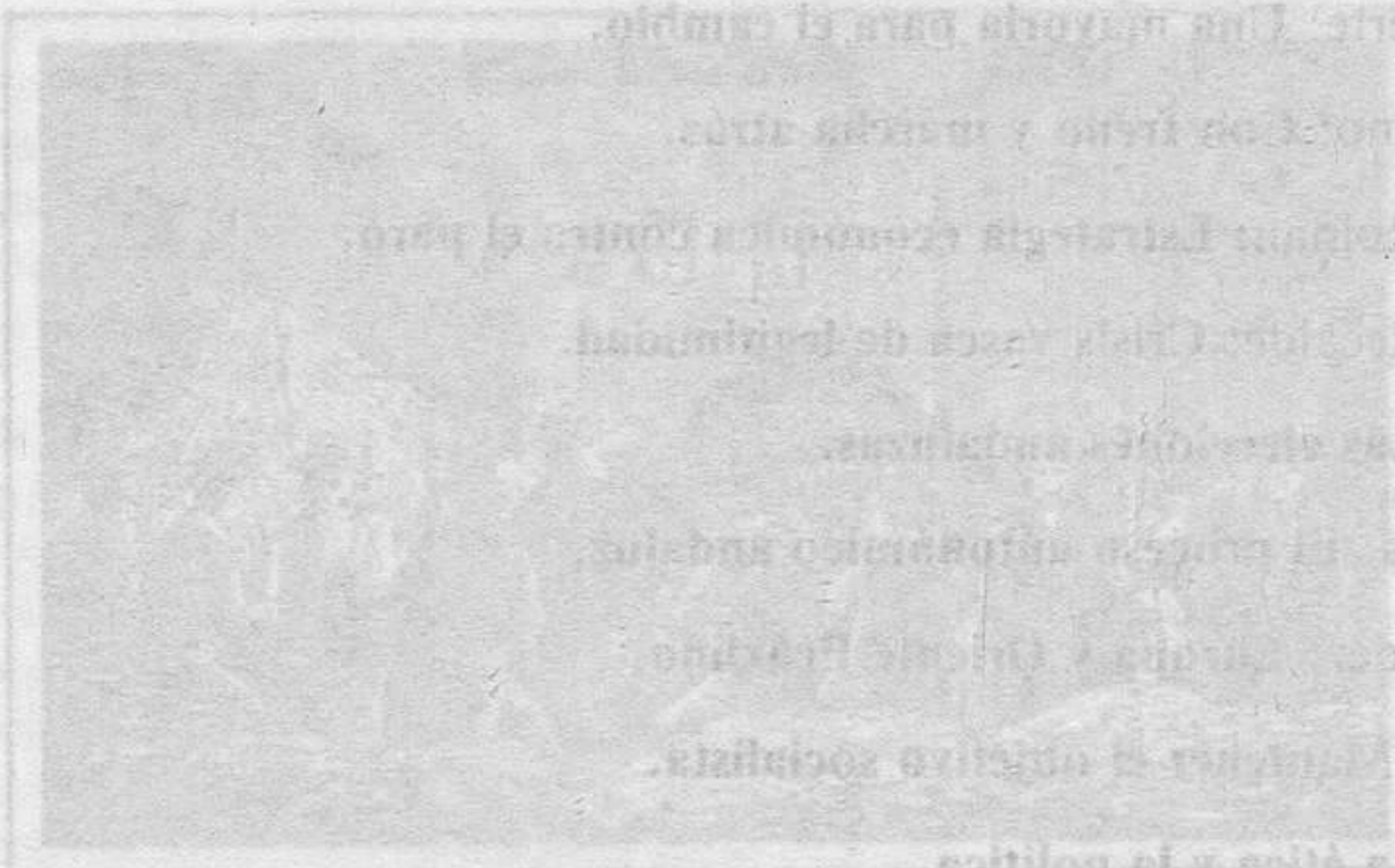
Precisamente el tercer gran motivo de recurso intra e internacional a la violencia es el ideal de un orden más justo de la sociedad. Por poco exigente que sea nuestro concepto de justicia, comprobaremos que en realidad aún falta mucho para aproximarnos, en cualquiera de los regímenes políticos vigentes, a una organización social auténticamente deseable. El hambre, la explotación hasta el embrutecimiento de los más por los menos, el escamoteo de libertades básicas abierto o encubierto, la represión de identidades nacionales, la presencia de auténticos mafiosos al frente de numerosos países pequeños (con el apoyo interesado de alguna superpotencia), y, sobre todo, la sensación asfixiante para almas rebeldes de que un auténtico cambio radical que nos haga pasar de la sociedad del dinero y la competición al reino de la solidaridad es imposible en las actuales circunstancias, provoca en muchas ocasiones un aura de prestigio y atractivo en torno a la lucha armada. Quien recurre a ella parece más sinceramente comprometido con la transformación de las condiciones de vida que quienes se limitan a la intervención política por cauces pacíficos (incluso aunque estos puedan no ser legales en determinadas situaciones). Es preciso admitir que ciertos Estados brutalmente dictatoriales y de sangrienta represión dejan pocos cauces no violentos a la protesta y la mejora política. En casos extremos, el recurso a la lucha armada parece casi cuestión de pura y simple supervivencia. Pero en la gran mayoría de las ocasiones, el grupo armado insurgente no logra escapar de los peores condicionamientos de la lógica militar: primero, en su propia estructura, que repetirá el esquema jerárquico, autoritario y maniqueo de cualquier ejército, pero con el suplemento despiadado que prestan el acoso y la clandestinidad; segundo, en la situación cotidiana del país, que los guerrilleros tenderán a interpretar desde la óptica del *cuanto peor, mejor* que favorece el apoyo de los civiles a su movimiento armado; tercero, en el futuro, tras el hipotético derrocamiento del régimen anterior, pues la vanguardia armada victoriosa suele convertirse en un nuevo ejército de ocupación del país y cobra con usura los servicios prestados a la población. Cuando la lucha armada se da en el marco de sociedades democráticas (cuyas imperfecciones son la justificación del movimiento insurgente), la guerrilla se convierte en la gran coartada del Estado para aumentar su cota represiva y cargar sobre la espalda de los terroristas la culpa de males sociales que provienen del propio sistema. El idealismo más o menos dogmático de algunos jóvenes aventureros (dispuestos a morir mártires y entre tanto a vivir como verdugos) es generalmente manipulado, directa o indirectamente, por los servicios secretos de los distintos países, perfecta encarnación de la lógica militar aquí comentada, que los emplean para desembarazarse de enemigos políticos, desestabilizar regímenes hostiles, etc... El más desapasionado y sincero análisis no puede encontrar que el terrorismo europeo haya mejorado en nada la situación de las clases desfavorecidas o haya contribuido a una más justa gestión del poder público en ningún país donde actúa; en cambio, no es difícil señalar sus efectos negativos en el aumento de represión y la disminución de las libertades. Oponerse al militarismo y a su lógica es el primer y esencial paso para una auténtica transformación revolucionaria del orden en que vivimos; pero no se puede combatir el militarismo con la creación de ejércitos «buenos» ni a la estructura estatal sustentada en violencia y terror con una violencia y un terror de signo supuestamente contrario. Cioran dijo en cierta ocasión que «en último extremo se puede gobernar sin crímenes, pero no

sin injusticias». Es un deber cívico intentar, por todos los medios a nuestro alcance, reducir al mínimo éstas, aunque no sea lícito ni eficaz recurrir para tal empresa a aquéllos.

La lógica militar es una auténtica *ideología de la violencia*. Combatirla allí donde aparezca es contribuir a la erradicación de las legitimaciones habituales de los métodos violentos. Y también se colabora así a reforzar las convicciones de quienes se niegan a entrar en este juego siniestro y aspiran a modificar las mediaciones institucionales de modo que se obstaculice al máximo la expresión bélica. En abstracto, quizá la guerra y sus secuelas sea uno de esos cuatro jinetes apocalípticos de los que la sociedad humana jamás logrará verse libre del todo; pero, en concreto, no hay *ninguna* guerra inevitable y ningún recurso a la fuerza armada está irrefutablemente excusado. Para lograr un efectivo desarme y una radical desmilitarización de los pueblos hay que comenzar por desarmar y desmilitarizar nuestras rutinas de pensamiento.

Jose Nuan

análisis y debate



3